





El Río



COLECCIÓN  
NARRATIVAS

ALFREDO GÓMEZ MOREL

# El Río

---

Tajamar  
Editores

---

El Río

© Alfredo Gómez Morel, 1962, 1984, 2012

© Sucesión Alfredo Gómez Morel, 1984, 2012

© Tajamar Editores Ltda., 2012

Mariano Sánchez Fontecilla 352, Las Condes. Santiago

Teléfono: (56-2) 2245 7026 /28 / 32

[info@tajamar-editores.cl](mailto:info@tajamar-editores.cl)

[www.tajamar-editores.cl](http://www.tajamar-editores.cl)

Inscripción en el registro de Propiedad Intelectual: 22.138

ISBN: 978-956-9043-37-6

Diseño de portada: José Borquez.

Impreso en Chile/*Printed in Chile*

Primera edición: Julio de 2014

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio,  
ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin  
autorización previa del editor.

## Convenciones literarias de un *outsider* Notas para una lectura sin método

A menudo, nuestros protocolos implícitos de lectura funcionan al modo de una sordera de cuya existencia no hemos tenido jamás noticia alguna, y que por ello acaba precisamente haciéndose sorda para sí misma, incapaz de oír lo que esté más allá de su propia cantinela. Que un texto exponga a gritos las formas de su acontecer íntimo, o las líneas de que está hecha la materialidad de sus palabras, no es en absoluto garantía de la eventual ruptura de su silencio. Hay en todo esto una sutil inversión de papeles: el oído asume la palabra que no está dispuesto a cederle a la obra, y esta, inversamente, queda obligada a jugar el papel silencioso de un habla sin destinatario. En mi opinión, la suerte que ha corrido la escritura de Alfredo Gómez Morel al interior del corpus de la literatura chilena es una prueba más de esta problemática formación de protocolos de lectura. Por la obra de Gómez Morel hablan sus correrías míticas como delincuente por toda Latinoamérica, su inclusión en el grupo de los malditos de las letras nacionales junto a Luis Rivano y Armando Méndez Carrasco, el apodo de «clásico de la miseria» que Pablo Neruda le atribuyó al autor en el prólogo

a la edición francesa de *El Río* (*Le Río Mapocho*, Gallimard, 1974), sus peticiones públicas de ayuda financiera en la prensa nacional... En más de una ocasión, se ha descrito a Gómez Morel como un paradójico escritor secreto (a su muerte, en el año ochenta y cuatro, *El Río* acumulaba ya dieciséis ediciones), como el sorprendente forjador de una novela de la que todos los escritores nacionales saben e incluso admiran pero de la que poco o nada se dice. Es por tanto en su condición de obra secreta que se advierte una descripción literal del presente de su autor en tanto escritor, es decir, más que su figura, que goza de un reconocimiento relativamente amplio, es su literatura la que aún hoy sigue siendo apenas oída y escuchada. Luiz Costa Lima, en uno de sus textos más célebres,<sup>1</sup> demostró que las formas predilectas de interpretación en Latinoamérica se rigen —prácticamente siempre— por una suerte de «imperativo documental»: como lector, sólo merece nuestra atención aquello que apunta hacia la realidad directamente, aquello que se resta del orden de la imaginación para operar activamente sobre el del mundo. En varios sentidos, la pobreza del oído para el Gómez Morel novelista es una cojera determinada por esta tradición de recepción cultural. En su caso, al igual que en muchos otros, su vida ha ido por delante de su obra, y las condiciones materiales y sociales de su existencia, por sobre el mundo ficcional que le ofrece a sus lectores.

En realidad, para escribir sobre *El Río* hay que empezar por oponerse al enorme despliegue de vitalidad con que nos abate desde sus primeras páginas. Si al Río no se le traiciona, o si no se está dispuesto a ensayar un movimiento a contracorriente, no es mucho lo que de él puede decirse. *El Río* es una novela dura, y lo es sobre todo para sus lectores. Gómez Morel sabía

---

<sup>1</sup> Costa Lima, Luiz. *The Dark Side of Reason: Fictionality and Power*. Stanford University Press, California, 1992.



muy bien que en una relación siempre se está atado por alguna parte, que no hay salida posible si no es hacia adelante, y esa ética de vida bien podría convertirse en una ética de lectura: si *El Río* golpea, habrá que defenderse.

El primer golpe que puede encajarse a una novela desbordante, excesiva, irregular y llena de riesgos, es buscarle un modelo previo, una historia cultural que explique sus costuras o los materiales a partir de los cuales ha sido fabricada. *El Río* fue escrita por fuera del buen gusto del *establishment* literario, pero su estructura está muy cerca en cambio del origen de la novela, de aquella confesión laica que la narrativa picaresca convirtió en uno de los códigos maestros de la ficción moderna. Antes que nada, *El Río* le ofrece al lector la carta que Gómez Morel envía en 1962 a Loreley Friedman, directora del Centro de Investigaciones Criminológicas de la Universidad de Chile. En esta, el escritor prácticamente plantea un programa moral (no moralizante) de trabajo, una verdadera poética de lo que ha de ser el oficio de la escritura. Gómez Morel busca redimirse, y la vía que elige es precisamente la del pícaro: confesarse ante una figura de autoridad, ponerle al corriente de las dificultades que lo han llevado al momento actual y abrir la posibilidad de una absolución. Este gesto, sumamente elocuente en términos de la historia de la cultura, gatilla en su autor un doloroso enfrentamiento con las seductoras fuerzas del mal, que a cada paso le acechan e intentan imponerse. Así, lo que el relato autobiográfico de Gómez Morel narra es la dramática lucha que ha debido sostener con lo que describe como un fascinante charco que está a punto de devorarlo, un fondo barroso en el que se revuelca avergonzado y sobre el cual la escritura auténtica ha de triunfar.

Es por medio de esta terrible atracción que toda su literatura llega a constituirse, y por ello ningún lector debiera luego sorprenderse de que una valentía de corte existencialista sea establecida por este autor como aspecto medular de su prosa: «La

misión del Escritor —del verdadero— consiste en indicar, con coraje y claridad, cuándo el Hombre se equivoca y cuándo acierta, cuándo la convención debe ser remplazada por la autenticidad». De algún modo, Gómez Morel comprendió tempranamente que el mal, ante todo, se manifiesta en el terreno de lo íntimo e intolerable, y que sin esa proximidad ardiente se está aún lejos de entender el bien como una experiencia que florece en el límite del horror. Al igual que en el caso de Ulises —aquel paradigma de la errancia—, en el mundo de *El Río* el sujeto es juzgado por la intensidad de la tentación a que está dispuesto a someterse. Por lo anterior, coincido con la justa apreciación de Alberto Fuguet según la cual esta novela sería «la más cruda expresión de aprendizaje moral jamás escrita en Chile».<sup>2</sup>

Si este primer modelo narrativo le permite a la obra construir para sí un marco ético de referencia, habría que apuntar también que la mayor parte de su argumento descende de manera directa del paradigma de la novela de aprendizaje. En mi opinión, el tema central de la narración no es en absoluto la miseria, la ignominia o la injusticia social, como se ha repetido en tantas ocasiones, sino la traumática (in)adaptación del protagonista autobiográfico a la exigente legalidad interna del grupo de los choros del Río. Como en toda novela de formación o aprendizaje, lo que Gómez Morel pone en escena es la tensión propia de las relaciones entre el individuo y el colectivo, aquel dramático descalce que desde siempre parece estar ahí para impedir una resolución armónica —esto es, una reconciliación sin pérdida para el sujeto—. Ante todo, el protagonista de *El Río* es un lector de formas y códigos sociales, y en más de un sentido el argumento mismo de la novela puede ser visto como la pormenorizada historia de esas lecturas. Frente a los caprichos y abusos observados por el joven Alfredo en las conductas

---

<sup>2</sup> En «La vida de Gómez Morel: una novela», prólogo a Gómez Morel, Alfredo. *El Río*. Editorial Sudamericana, Santiago, 1997, p. 23.

humanas de la Ciudad, aparentemente desprovistas de aquel aire de dignidad que rodea a las vidas que han sabido elegir para sí su propio camino, la novela se vuelca sobre el mundo del Río como si este fuese la acabada representación de un sofisticado sistema de reglas y codificaciones, un espacio en que no hay acción alguna que no sea puesta de inmediato contra una escala de valoración implícita que le otorgará un sentido único para el grupo. Por consiguiente, la novela de Gómez Morel también puede ser vista como una detallada exploración del modo en cómo la ideología toma su lugar dentro de un colectivo, en la medida en que insistentemente vuelve sobre la brecha que separa al acto del nivel de la significación —esta brecha es, por cierto, la que permite la existencia del fenómeno ideológico, que en primer lugar es un asunto de reconocimientos fallidos—. En tanto novato, Gómez Morel desconoce el paso entre ambos niveles, y por ello permanentemente descubre que sus palabras caen dentro de frases cuya gramática social ignoraba y que acaban haciendo de sus expresiones algo del todo diferente a su intención original.

Sin embargo, es importante establecer que *El Río* no es una novela de formación cualquiera. Dado que la legalidad del hampa hipostasia el deseo y lo sitúa al centro de la escena, más bien habría que hablar de una novela de formación perversa. Sintéticamente, podríamos decir que *El Río* cuenta la historia de un joven que desea apropiarse de una ley que, a su vez, se constituyó por medio de un encumbramiento del deseo a la altura de la ley. Gómez Morel, como acertadamente anota Álvaro Bisama, es en todo punto una suerte de hermano barriobajero del Marqués de Sade,<sup>3</sup> y nada sería más errado en relación a esta novela que pensar en la ilegalidad como una salida caótica de la ley; muy por el contrario, lo que está en juego es una inversión perversa, que hace del goce el origen de una nueva ley que

---

<sup>3</sup> En «El Río», Bisama, Álvaro. *Cien libros chilenos*. Ediciones B, Santiago, 2008, p. 155-157.

habría de superar todas aquellas carencias e insuficiencias que la vida en la Ciudad impone. Lo perverso del mundo del Río es precisamente su imagen de plenitud, la maravillosa libertad irrestricta que le ofrece al joven Alfredo.

Junto a estos modelos culturales de producción, la problemática de la creación de un estilo literario propio me parece uno de los aspectos más interesantes de *El Río*. En términos generales, si bien es cierto que Gómez Morel escribe de un modo incómodo para las convenciones literarias habituales, o incluso un poco al margen de ellas, en ningún caso podría decirse que estas formaciones hayan sido ajenas al desarrollo de su prosa. En realidad, no hay duda de que Gómez Morel quería escribir bien (en el prólogo, explica que le pidió a Claudio Naranjo Cohen que le ayudara a quitar las «malezas» de su texto, aquello que parecía salido de un «folletín grotesco»), y lo que resulta interesante es precisamente la inestable relación que mantiene con ese anhelo. A lo largo de su obra —y esto es evidente para quien se interne en sus páginas— conviven múltiples estilos y niveles de lengua, y esa irregularidad y pluralidad son las marcas más destacables de su escritura. A ratos, Gómez Morel es rápido y crudo, dueño de una envidiable economía lingüística, a ratos es enlodado y confuso, proclive a excesos líricos de carácter impostado. Véase, por ejemplo, el siguiente pasaje descriptivo: «Sus muslos y pelvis, arqueadas como una guitarra; sus senos, paroxismos de las leches más húmedas y tibias; su vientre, antorcha de nácar hundida en un lago de zafir; sus labios, frutas maduras por mil alaridos». Momentos como este en la prosa de Gómez Morel me llevan a plantear dos tesis con respecto a su escritura. Primero, que ella es una suerte de laboratorio de experimentación de formas y registros. Y segundo, que su posición autodidacta le transmite a la prosa una serie de inestabilidades culturales que la llevan a vacilar entre diferentes codificaciones de escritura. De algún modo, es

como si la pluralidad encarnada por su lengua fuera al mismo tiempo el más y el menos de lo que su obra puede dar porque está en una relación insegura con la literatura que experimenta. Pero porque experimenta es que vuelve de manera inevitable sobre las mismas inseguridades. El estilo literario de Gómez Morel no es, de hecho, más que una recurrente oscilación entre estos dos lugares de enunciación, algo así como una irresuelta pugna entre temor y riesgo.

A mi juicio, la cima de esta posición de escritura en Latinoamérica la ocupa Roberto Arlt, y creo que no son pocas las similitudes que se pueden encontrar entre él y Gómez Morel: en primer lugar, el coraje de una prosa concebida siempre en el límite. La mejor descripción del estilo de ambos la veo en las siguientes palabras de Beatriz Sarlo, que bajo el concepto de hipérbole intenta explicar el sentido de sus excesos: «La hipérbole es el *fortissimo* de la escritura. Presenta la pasión no por sus contenidos evidentes sino por su forma extrema. La hipérbole es también un procedimiento peligroso [...]. Ignora el buen gusto. Pasa por encima de lo que las elites culturales establecerán como tono apropiado de la literatura».<sup>4</sup> En efecto, la impresión que deja *El Río* es que han estado gritándonos por centenares de páginas, y que se nos ha dicho tanto y de tantas maneras, que ahora sufrimos de algo semejante a una intoxicación vital y literaria. *El Río* no sólo es parte de una geografía a la vez real e imaginaria, sino también —y quizá sobre todo— una corriente impetuosa que lleva en sí todo o casi todo lo que la literatura es capaz de echar sobre sus espaldas. Como dice Sarlo a propósito de Arlt: se trata de decir más, siempre más, para que por lo menos algo de lo que se dice sea escuchado.

---

<sup>4</sup> Sarlo, Beatriz. *Escritos sobre literatura argentina*. Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 2007, p. 230.

Puede que *El Río* no sea una novela placentera, pero sin lugar a dudas es una novela gozosa. El goce, en oposición a lo que simplemente procura placer, sólo puede darse una vez que hemos tomado contacto con un horror que nos turba y al mismo tiempo nos fascina, y me parece incuestionable que Gómez Morel, en sus mejores momentos, alcanza puntos en que este ambiguo vínculo con la experiencia empieza a tomar forma. Porque si hubiera horror a secas, sin goce alguno, no podría entonces haber humor, y la verdad es que *El Río*, aunque no lo parezca, tiene un sentido del humor único, tan brutal y oscuro como sólo puede serlo el humor en Latinoamérica (hace algunos días, leyendo una entrevista de Carmen Pérez en un diario español, supe que Bolaño antes de entrar por última vez al pabellón, estuvo contándole chistes durante la espera; esta, según creo, es una excelente metáfora de esa ligazón tan nuestra entre humor y horror). No debemos olvidar que es el charco, aquel seductor llamado que nos arrastra hacia lo que nos condena, lo que pone en movimiento a Gómez Morel. Si para poder cumplir con su misión el escritor ha de ser auténtico, no es menos cierto que también ha de saber descubrir la crueldad del mundo, que según este resulta necesaria en la formación de todo artista. En la poética de Gómez Morel, sólo existe una actitud correcta: alejarse cuanto sea posible del enjuiciamiento y la moralina, que no son más que modos de clausura convencional de la experiencia, para enfrentarse directamente con lo que está más allá de ella, aquel terreno difícil de nombrar en que surge la palabra en tanto experiencia de goce.

Finalmente se trata, como dice Gómez Morel, de que «la palabra siga hurgándome por allá adentro».

Alejandro Valenzuela Aldridge

## EL RÍO\*

---

\* La edición de *El Río* ha contemplado ciertas actualizaciones ortográficas y la conversión de algunos párrafos con citas textuales a diálogos. Las modificaciones ayudan en parte a uniformar la grafía fonética con la que el autor reproduce el habla del mundo abordado en esta obra y a limpiar muchos de los rípios propios de la naturaleza de una autoedición y del contexto de edición de la época. Ninguna de estas modificaciones altera en absoluto las características narrativas ni menos la voluntad expresiva del autor ni las particularidades ni asperezas de su estilo. [N. del E.]





*Dedico este libro al doctor Milton Calderón  
y a su esposa, doña Gisele. Les entrego esta  
obra con amor y gratitud. Ellos están entre  
los seres en quienes creo por encima de la  
humanidad. Espero que perdonen algún día  
mi insistencia en incluir en el libro tantos  
pasajes que desaprueban y que a su juicio no  
debieron publicarse.*



Santiago, 17 de marzo de 1962

Señora Loreley Friedman V.  
Directora del Centro de Investigaciones Criminológicas  
Universidad de Chile  
Presente

Estimada Loreley:

*Me pregunta usted qué me movió a escribir, pero para contar cómo, por qué y para qué se escribió este libro, creo que debería escribir otro.*

*Vengo de un mundo muy particular en el que se miraba desde arriba a los seres humanos. Sucedía a veces que se nos perdían de vista, y a duras penas lográbamos divisar el valor que contenían.*

*De los hombres, nos importaban la distracción o ingenuidad del rostro y la plenitud de su billetera; de las mujeres, los senos y la cartera, únicamente.*

*Viví muchos años en esas alturas. Un día, de tanto mirar hacia abajo, comencé a sentir mareos. Me sobrevino un vértigo lento y progresivo, hasta que caí. Y cayendo empecé a subir, me parece.*

*Ahora estoy bamboleándome, como ocurriera en mi infancia, cuando —dudoso pero encantado, lleno a la vez de pena y regocijo— bajé a vivir al Río Mapocho.*

*En ambas transiciones he sufrido desgarramientos y lastimaduras, sorpresas y decepciones. Ayer quería negarme. Hoy*

*deseo confirmar una posición del espíritu que quizá resulte útil para algunos.*

*Mis dudas, la poca solidez de mis propósitos, mi amor a la vida fácil, la pereza en que viví por más de treinta años, mi inclinación a la bebida, la desesperante fiebre erótica que me corroe, el desprecio que por mucho tiempo sentí hacia todos los valores, mi afán de huirle a la verdad —o de aprovecharla con fines ocultos— y el violento líder que llevo en el alma desde que fuera aceptado definitivamente por el grupo delictual, son mi batalla de cada día y creo que poco a poco voy vencéndolos. A veces me pregunto qué me mueve. Creo que el amor. Me parece que el amor a lo humano, reflejado, sin medida, en mi propio yo.*

*Mi caso nada tiene de extraordinario, Loreley. Fue la mía una vida vulgar como tantas otras. Sólo creo que sea singular el haber tenido valor para contarla. Y si en ella hubiese algo importante, creo que estaría en la lucha que libro conmigo mismo. A veces, con dolor, descubro que vuelvo a ser el mismo solitario inerme, el amargado de ayer, el destructor de otrora. Para mí lo importante está en que angustiosamente trato de salvarme, porque sé que todos los días estoy naufragando un poco. Y lo peor es que no me espanta ni disgusta la idea del naufragio.*

*Si continúo en esta lucha, no es mío el mérito ni será sólo mía la victoria. Es de algunos que me rescatan cuando el charco está a punto de devorarme. Me aferro a ellos (unos se cansaron antes de tiempo) y a poco andar, avergonzado, me sacudo el barro. Me enfrento nuevamente al charco fascinante. Sigo hacia él. Creo que nadie me mira. Cuando ya me voy a revolcar otra vez en la porquería, retrocedo apenado. Alguien me estaba observando con lástima, ¡yo mismo!*

*Necesito mucha ayuda para salvarme de mí mismo.*

*Ciertas cosas y sucesos, aparentemente insignificantes, en un momento dado deciden el curso total de una vida.*

*Casualmente me crucé por el camino de un hombre al que debo la mayor parte de lo que soy, y de lo que algún día podría llegar a ser. Es el doctor Milton Calderón D.*

*Lo conocí en la cárcel de Valparaíso cuando realizaba una visita al establecimiento. Le hablé de mi propósito de escribir una autobiografía y me le presenté como un genio. Creo que no se impresionó con mi autocalificación. No obstante, me estimuló a que escribiera el libro que aseguraba poder entregarle. «He aquí lo que necesitaba», pensé; mi oportunidad de llegar a la cumbre, a una vida de satisfacciones: dinero, mujeres, comodidad, notoriedad, todas aquellas cosas, en fin, que acarrea la gloria literaria.*

*Al principio creí al doctor Calderón un snob. Después pensé que... era una buena persona, dada a practicar la caridad cristiana. Decidí utilizarlo.*

*Pero es verdad también que siempre quise escribir mi autobiografía, aunque nunca había pensado seriamente que fuera capaz de ello. Incluso había escrito un poco, y con éxito: narraciones cortas, poemas, por los que fui premiado en Colombia, hace más de quince años, y últimamente en Iquique, Antofagasta, Valparaíso. Comencé a escribir sin propósitos muy serios y sin saber hasta dónde llegaría. «Sigamos alimentando esperanzas, sigamos haciendo creer».*

*Y continué visitándome en la cárcel.*

*Traía cigarrillos, café, cajones con vituallas. Yo seguía escribiendo, pero ahora el asunto se me estaba convirtiendo en necesidad. Empecé a ocultar mis escritos.*

*Un día, Loreley, en mi celda me sorprendí llorando, junto a un gato tuerto y negro que me acompañaba. Era un llanto puro que surgía de no sé qué estremecimientos y emociones.*

*Sufría frente a la tumba de uno de mis personajes, y acaso eran las únicas lágrimas sinceras que había vertido desde hacía tanto tiempo. El demonio de la creación me estaba poseyendo.*

*No era ya el doctor Calderón un snob ni un caritativo. Me sentí comprometido con él, con mi libro. Fue una trampa que me tendí a*

*mí mismo: habiendo querido acercarme al triunfo material, terminé descubriendo el placer de escribir, y me acerqué al triunfo sobre mí.*

*Por esa época, apareció el hombre que hizo posible la redacción clara de esta obra.*

*Tengo un amigo, Loreley. Lo es suyo también. Usted sabe que como este hombre hay muy pocos. Cada vez que empecé a escribir algo, él se clavó en mi mente. Se me tornó fastidioso a veces. No me dejó mentir, y eso me produjo bastante impaciencia. No me dejó ocultar, y eso me dio vergüenza. No permitió que desviara mis emociones hacia un falso sentido de la heroicidad, ni aceptó que viniera a dárme las de víctima cuando precisamente yo era el victimario. En ciertas oportunidades, con sólo mirarme, me daba a entender que no debía decir mi versión sino la Verdad. Me obligó a que no hiciera del libro un medio para explicar y justificar mi conducta anterior, ni para presentarme como una persona regia, genial, óptima, única en el mundo.*

*Por él comprendí que el verdadero valor de una obra radica en su sinceridad y autenticidad humanas. Si de esta obra brotara alguna grandeza, a él se debe.*

*No sé hasta dónde pude lograr la autenticidad. Creo sí, saber que si este libro logra mostrar algo de la vida y el dolor, del llanto y la sonrisa, el resultado no me pertenece totalmente. Su mayor parte es del doctor Claudio Naranjo Cohen. Yo puse las vivencias, los hechos, los recuerdos; él me ayudó a evocarlos y puso el orden, la correlación, la suavidad y belleza. Colocó la ternura elegante, limpiando de malezas sentimentaloides aquellos pasajes en los que yo caí en el folletín grotesco.*

*La autenticidad de los hechos relatados es total.*

*Si alguna responsabilidad derivase de lo narrado, me pertenece.*

*Este amigo, enfrentado a mi necesidad de decir, me sacó del laberinto del recuerdo y me enseñó a dar forma a eso que en mi mente siempre había estado incongruente.*

*He debido sacarme del alma mucha vanidad, soberbia y odios. Aún me queda vanidad, pero en medida bastante humana, según creo. Me place descubrir que mis odios se han ido diluyendo a medida que fui recordando y relatando cosas.*

*Hoy son pocas las cosas que detesto y muchas aquellas en las que creo.*

*¿Estoy liberado, redimido? No sé.*

*¿Lo estuvo alguien, alguna vez?*

*¿...?*

*Fui condenado en primera instancia a cinco años y un día de presidio mayor. La Ilustrísima Corte de Apelaciones de Valparaíso consideró mi caso con benevolencia y disminuyó a tres años y un día la pena.*

*Salí en libertad.*

*Busqué a Margarita, la única persona que en mi ayer de hampón me fuera fiel. La encontré en una cocina fregando ollas, soledades y recuerdos. Le pedí que empezáramos una nueva vida.*

*El doctor Naranjo me presentó gentes.*

*Todos —menos yo— coincidían en que mi existencia estaba tomando un nuevo rumbo y declaraban el deseo de ayudarme. No les creía. No podía, como aún no puedo, dejar de mirar con ira y soberbia a los demás. En las noches, pensaba cosas. Hasta medité en la mejor forma de hacer un gran robo. Pensaba que lo ocurrido era pura buena suerte, otro brote novelesco de esta vida mía tan llena de cosas increíbles por lo ciertas. Los periodistas me entrevistaban y no podía dejar de mirar, en las oficinas, con no poca disimulada codicia, las cajas de fondos y las lapiceras de oro de sus directores.*

*Lentamente fui introduciéndome en un mundo que me desconcertaba. Era grandilocuente. Hablaba horas de horas tratando de convencerme —y convencer a los demás— de que mi proceso de purificación había llegado a su fin. Ahora —que más escucho y menos hablo— sé que me toleraban esperando que al final la trampa se cerrara, y el cambio aparente que exhibía se pudiera convertir en cosa*

*real y genuina. Me ayudaban a seguir tejiendo la red que me estaba envolviendo poco a poco. ¡Si hasta dejé de pensar que era un genio!*

*Por esos entonces conocí a otra persona que ha sido decisiva en mi existencia: la señora Blanca Elena Grove Valenzuela. Era la mujer que hubiese querido tener como madre. Al principio me enamoré de ella, cosa que no me resulta difícil porque siempre ando enamorándome de las mujeres hermosas y por ellas suelo sentir amores eternos que duran, a lo sumo, dos o tres meses.*

*Con finura, comprensiva y generosamente, doña Blanca Elena puso entre los dos un muro, pero abrió las compuertas de una de las más valiosas amistades que haya tenido en mi vida. Por su iniciativa se formó el Comité Editor de mis libros y se decidió auspiciar suscripciones.*

*Fern Mayo comenzó a traducir esos libros en los que ni yo mismo aún creía, totalmente.*

*Hube de empezar a trabajar duro y constante.*

*Me molestó.*

*De noche salía por los arrabales y alternaba con las gentes de mi mundo. No podía sustraerme al encanto de mi ayer: vida fácil, farras, mujeres hermosas, emoción del delito.*

*Simultáneamente me fui relacionando con gentes que cada vez me resultaban más tolerantes, y tolerables. Me dejaban hablar porque sabían que gustaba de escucharme. Los sorprendía mirándome con compasión. Hoy veo que era ese el sentimiento. Lo creía admiración que atribuía a la grandeza que surgía de mis palabras.*

*En casa de los artistas Giorgio y Nieves Jankovic conocí al padre Franz, un cura belga, humilde y de talento superior. Cierta tarde nos encontramos junto a la mesa de un café. Hablamos. Mirando hacia la pared me dijo: «Tuve un amigo que contenía un gran talento, pero lo desperdiciaba con su falta de sinceridad. Nunca trató de ser él mismo. Mentía simulando amar lo que más odiaba. Lo hubiese querido más simple, más sencillo, sin que aparentara tener todas sus cosas resueltas; nadie las tuvo jamás. Predicaba que estaba purificado; nunca nadie lo*



*estuvo...» Y seguía mirando hacia la pared del café, como pidiéndome perdón por haber tenido un amigo tan poco auténtico.*

*Estuve —y todavía estoy— desconcertado.*

*Sigo siendo brusco, vanidoso, violento y destructivo. Deseo, eso sí, que la sencillez, el amor y la humildad penetren en mi corazón. Me complace saberlo. Antes, no tenía esos deseos.*

*Para verlos cumplidos completamente, sigo escribiendo.*

*Pero ahora no quiero triunfos ni riquezas.*

*Tengo bastante con pararme a la vera del camino y ponerme a contemplar cómo desfilan la vida, los seres y las cosas para después poder rendir mi testimonio: poder decir sin temor, sin vergüenza, decirlo todo.*

*¡Uno se siente, así, tan feliz y tan realizado, Loreley!*

*¿La trampa está cerrada?*

*Hubiese querido entregar una obra llena de fe en todos mis semejantes. Para muchos habría resultado «muy aleccionador y ejemplarizante porque el bandido de ayer se nos ha convertido en un buen chico. Está contrito y arrepentido. ¡Jóvenes descarriados: seguid su ejemplo!»*

*Pero mi verdad es otra, Loreley.*

*Sé que sólo he dejado de ser ladrón, mas no por eso soy un buen o un mal chico. Después de haber vivido como viví, nadie puede calificarme en términos de bondad o de maldad. No estoy arrepentido. Recibí más daño del que inferí, y hoy no siento rencor. Lo sentía, que es distinto. Cuando herí o atacé lo hice con quienes podían defenderse y a quienes nada debía: ni gratitud, ni afecto, ni solidaridad. Estaba empeñado en ganar mi guerra. Antes, no recibí ese mismo trato. Sólo ahora estoy recibéndolo. Y porque lo veo, lo siento y lo vivo así, mi conducta y mis motivos de lucha están modificándose paulatinamente.*

*Cuánto convendría que con todos los equivocados, la sociedad —o parte de ella— se comportara como hoy lo está haciendo conmigo el grupo de personas a quienes debo en parte el comienzo de esta*

*nueva vida: los esposos Calderón, don Rafael Silva Lastra, la señora Grove, el doctor Naranjo, usted, los esposos e hijos Hoffmann, Fern Mayo, los esposos Varas-Schnake, los Mankewitz, Sara Gálvez, Graciela Farías, Rolando Toro y Pilar, su esposa. Ante ellos quiero responder, pues si llegué a comprender y agradecer lo que se me está dando, ha sido porque por primera vez en treinta y cinco años estoy recibiendo no dádivas sino comprensión y amor; no teatrales exhibiciones de caridad sino lecciones calladas de dignificación; no lástima o conmiseración espectacular sino silenciosa y edificante solidaridad.*

*Esta podría ser la receta para disminuir la delincuencia, ya que terminar con ella es imposible.*

*Si me fuese dable nacer de nuevo y elegir un género de vida distinto, lo rechazaría.*

*Es por la vida que viví, por el triunfo de ciertas facetas de la condición humana que algún día, pienso yo, podré mostrar lo noble y constructivo que vive en lo hondo del espíritu: del suyo, del de todos los seres de buena voluntad.*

*Una existencia como la mía no se vive impunemente, Loreley.*

*Uno queda marcado para siempre.*

*De un salto nadie llega a la purificación. Hay que sujetarse a un proceso. Si para hundirse uno pasa por fases, para salvarse y subir también hay que pasar por fases, y que son más duras y terribles que las de la caída.*

*No puedo decirle que amo lo que en conciencia sé que odio en extensión y profundidad. Sólo creo en algunos seres humanos: no creo en la Humanidad. Sé que estoy frente a sistemas injustos y mal hechos, llenos de zancadillas y principios falaces. Me desplazo dentro de una convención falsa de la que cada cual trata de sacar el mejor partido. La misión del Escritor —el verdadero— consiste en indicar, con coraje y claridad, cuándo el Hombre se equivoca y cuándo acierta, cuándo la convención debe ser reemplazada por la autenticidad.*

*Sólo así se hace algo por la felicidad común.*

*No puedo, Loreley, sentir ni pensar en otra forma. Si dijese cosa distinta, este sería un libro mentiroso, destinado quizá a agradar, a triunfar y venderse. Y no me interesa ahora el triunfo literario.*

*Dije que debo sentir y pensar así porque ayer he bajado al Río.<sup>1</sup> Abí estaban, en el Mapocho, los mismos sauces melancólicos, las mismas piedras mudas, las mismas aguas turbias y parsimoniosas. Otros chicos, abandonados y golpeados desde que nacieron, empezaban mi trayectoria anterior. Se escuchaban las mismas protestas y blasfemias que oí en mi infancia. Como dioses arrodillados y vencidos, algunos magníficos mendigos: espectros humanos, descabezados, con sus brazos y pupilas suplicantes, paladeaban en silencio sabrosos restos de tachos basureros. Varias figuras grotescas, ensombrecidas por el vino y la lujuria e iluminadas terroríficamente por los rayos de una luna mordaz, vagaban y vagaban, hollando con sus pies desnudos las losas del Río. Apretaban sus dientes y aullaban como queriendo notificar al mundo de sus vidas insignificantes y miserables. Tres o cuatro perros tristes gruñían iracundos y miraban desafiantes hacia el Puente. El Mapocho traía voces antiguas, las mismas que oí de niño cuando miraba su lejanía hecha de mar y de leyenda. Traían los mismos llantos en sordina, llenos de ira y estupefacción que escuché en mi infancia.*

*El drama era el mismo, y aún peor.*

*Miré hacia arriba, en dirección a la Ciudad: una mueca de culpa y misericordia, un alarido de burla y un ventarrón de soledades me vinieron desde sus casas, calles y plazuelas.*

*Como sucedía ayer.*

*¿Como seguirá sucediendo siempre?*

*Ayer he comprendido para qué se escribió este libro.*

---

<sup>1</sup> Las palabras Río, Ciudad, Cauce y Puente se escriben con mayúscula cuando adquieren personalidad. El narrador les atribuye características propias de los personajes que representan y calificativos que dan cuenta de su relación afectiva con ellos. [N. del E.]

*Pretendí mostrar la historia de un río; ¿hasta dónde coincide con la historia de cualquier río del mundo?*

*Pretendí mostrar un momento de mi conducta humana: ¿hasta dónde coincide con la conducta de todos los hombres?*

*Quisiera saberlo...*

*Con hondo afecto la saluda, su amigo.*

Alfredo Gómez Morel

RESERVADA, CONFIDENCIAL

*San Felipe, Chile, a 13 de Octubre de 1961*

*Estimada Sor...*

*El caso a que usted se refiere es bastante delicado y peligroso. Conozco a Luis Alfredo desde mi llegada a esta, y sé de toda su novelesca vida y rara historia, pues la señora que lo recogió al nacer, encontrándolo tirado en un conventillo próximo a la muerte, fue doña Catalina de Osorio, persona muy allegada a esta parroquia...*

Fragmento de una carta dirigida por el reverendo cura párroco de San Felipe, presbítero don Guillermo Echeverría M., a una religiosa de servicio en un hospital de Santiago de Chile.



## Mamá Escoba

---

«Te notifico que este niño es mi hijo y ese hombre es el padre», dijo mamá mientras daba un portazo.

Me botó al suelo, del pelo me arrastró hasta el dormitorio. Quebró una escoba en mi cabeza, siguió con el plumero. Mamá solía comprar todos los meses escoba y plumero nuevos.

Yo no tenía por qué haber dicho a nadie que había estado en un orfanato. Debí ser más consecuente con la mamá. Debí darme cuenta que Mono era mi papá. ¿Qué me creía yo? ¿Acaso podía venir a poner problemas en la vida de mamá? ¿Dónde estaba la obligación que ella tenía de cuidar de mí? ¿Acaso no me daba cuenta de lo que ella estaba sacrificándose por un huacho como yo? Por mí perdía sus admiradores, sus amistades, su libertad. ¿Por qué yo era así? Y viendo que ya nada quedaba por tirarme a la cabeza, salió. Debe haberlo pensado mejor porque se devolvió, y para que no siguiese siendo así me partió la cabeza con el taco de su zapato. Al poco rato me mandó donde el remendón para que les pusiera tapillas.

—Bien delgaditas. Repítele al hombre: bien delgaditas. Se usan así.

Salí a lo del zapatero. Lloré bastante mientras caminaba por la calle.

Mamá quedó exhausta, tirada sobre su cama.

Frente a la casita en que vivíamos residía una familia de origen italiano. Fátima era la única hija. Los domingos mamá me permitía pasarlo en un patio grande que había al fondo del pasaje. Siempre me decía: «Anda a jugar si quieres». Ahí conocí a Fátima.

Tendría unos diecisiete años: alta, tez blanca, ojos azules, graciosa. Muy estudiosa. Como yo, también ella iba al patio los domingos y se paseaba leyendo. Yo jugaba. Recuerdo que me lo pasaba horas de horas pensando en San Felipe y jugando mentalmente con Chochón.

Un día Fátima me preguntó cosas. Le conté cosas.

Desde aquel instante nos hicimos grandes amigos. Me dio consejos.

Durante los días de semana, cuando mamá recibía a sus amigos, me marchaba al patio de la casa. Mamá me decía que poniendo sal en la cola de las palomas ellas se dejarían tomar. Lo creí y lo hacía. Pero cuando hablé con Fátima desistí de cazar palomas. Fátima un día le preguntó a mamá por qué me zurraba tanto:

—Es un chico incorregible e intruso. Siempre me está mirando como si fuese una extraña.

—Pero esa no es razón para pegarle tanto, señora.

—¿Qué se mete en lo que no le importa? ¡Mocosa insolente!

—No soy una mocosa. Soy una mujer ya. En mi casa no ocurre lo que sucede en la suya.

—¿Y qué sucede en la mía que no ocurra en la tuya?

—Usted está podrida.

—¡Chiquilla insolente! ¿De dónde sacas eso? —gritó la mamá. Estaba vercosa. Sus hermosos ojos azules fueron cerrándose poco a poco como tentáculos de algo mortífero.



—¿Y esos hombres que todos los días vienen a su casa? ¿Por qué no vienen cuando está el otro? —replicó Fátima con tono acusador y sardónico. Se refería a papá Mono.

—¿Y a ti qué te importa?

—Usted no es la madre de este muchacho. Debe tener secuestrado a este chico —agregó la buena de Fátima poniendo en su voz un acento de cavernoso misterio. Era italiana, por los padres.

—Te notifico que este niño es mi hijo y ese hombre es el padre —respondió sumamente indignada la mamá mientras daba un portazo.

Por notificación supe que el Mono era mi papá.

Fue el primero. Vendrían más.

Un día al salir de aquel cine encontré diez pesos en el suelo. La mamá dijo a su amigo: «¡Qué oportuno este chiquillo! Tenemos salvada la tarde, querido».

Todas las tardes mamá se pintaba los labios, vestía su mejor traje de terciopelo azul —tenía varios parecidos—, calzaba sus aguzados zapatitos de charol, se colocaba un sombrero extremadamente grande y alón y salía conmigo al centro. Entraba a varios edificios. Yo quedaba en la puerta. Al borde de las siete de la tarde íbamos al último, en donde se reunía con un amigo abogado. Lo supe porque un día el cuidador me preguntó:

—¿Ya saldría el abogado?

—No, ahí está adentro con mi mamá —respondí afirmándome en el umbral de la puerta de la oficina del abogado.

Ahí la esperaba siempre hasta que saliera. El hombre me miró extrañado. Rió y continuó por el pasadizo. Me preocupó su risa. Llegué a creer que tenía la cara sucia. No entendí.

Cuando la mamá salía con su amigo íbamos a tomar once al Salón Olimpia. Junto con el té se exhibían películas mudas. Mamá y su amigo se acariciaban tiernamente mientras yo veía

la película. Luego, él pagaba la cuenta, ella le hacía prometer que al otro día se encontrarían, caminaban hasta la salida juntos y ahí se despedían con un beso. Cierta día, por coincidencia, los tres nos encontramos con papá Mono. El abogado no lo conocía. Mamá, al verlo, soltó el brazo de su amigo y yo me quedé esperando lo que vendría. Lo supuse desde el primer momento:

—¿Qué haces acá con este rufián? —preguntó indignado papá Mono.

—Exijo una explicación —gritó el abogado más indignado aún.

La hubo: se desató una gresca entre los dos hombres. Resultó bastante entretenida. Se dieron trompadas, puntapiés y hasta yo toqué algunas patadillas. «Debías haber avisado que venía él. Toma, huacho. Ni para eso sirves». Mamá reía al ver que unos caballeros y damas estaban observándola mientras me pegaba: «Este niñito, supieran ustedes lo desobediente que es».

Con este abogado sucedían cosas que nunca me expliqué bien y que al pasar los años vine a entender. Todas las tardes, por ejemplo, antes de despedirse en la puerta del cine-café, preguntaba a la mamá:

—¿Y... se salvó la tarde?

—Sí —respondía ella casi siempre y le tendía su bolso de mano. El abogado lo revisaba, sacaba unos billetes y se despedía. A veces ocurría que mamá le decía que la tarde no se había salvado y el abogado se mostraba visiblemente disgustado. Se alteraba.

Aquella tarde estaba en ese caso. Cuando salíamos del cine vi el billete de diez pesos. Lo recogí y lo pasé a mamá diciéndole en voz alta:

—Mamá, mamá, me encontré diez pesos.

—¡Qué oportuno este chiquillo! Tenemos salvada la tarde —dijo ella poniendo cierta ternura en su acento.

—¡Qué mocoso tan inteligente! —comentó él.

Me sentí orgulloso y satisfecho porque había ayudado a salvar la tarde, aunque no entendía por qué todas las tardes tenían que ser salvadas.

—Señora —dijo un caballero mientras estiraba la mano—, ese dinero que acaba de pasarle el niño es mío. Se me acaba de caer.

—Por supuesto, señor. Si usted lo dice deben ser suyos. Tómelos. Afortunadamente el niño se los encontró.

—Eres un buen chico —dijo el caballero palmoteando suavemente mi rostro.

Me sentí más satisfecho y orgulloso que antes. Me sabía admirado por la mamá, por el abogado y por aquel desconocido. Concluido el incidente, el caballero se alejó con sus diez pesos y nosotros abandonamos la puerta del teatro. Lejos ya de la gente mamá me dio un furioso puntapié en las canillas:

—Huacho de porquería. Eres un imbécil. ¿No podías quedarte callado después de haber encontrado ese dinero?

—Nos arruinaste la tarde —coreó el abogado.